**Domingo 22º T.O. (B) (02.09.2018): Marcos 7,1-8. 14-15. 21-23.**

***“¿Tradición? Aprender a con-vivir”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Me vuelvo a repetir que este año debemos, las gentes de la iglesia, leernos despacio el Evangelio llamado de Marcos, pero recuerdo que llevo todo el mes de agosto sin leerme una línea de él. Recuerdo que me había quedado en silencio rumiando la escena aquella de la vuelta de los discípulos evangelizadores al encuentro con Jesús de Nazaret (Marcos 6,30-34).

¿Qué evangelización habían realizado que despertaron a las gentes? ¿Qué hicieron y dijeron a aquellas gentes de la Galilea que se fueron a buscar a Jesús de Nazaret? Este hombre, el emisario de sus evangelizadores (Mc 6,6-7), al ver a las gentes llegar y acercarse lo comprendió todo y *“sintió compasión de ellos, porque estaban como ovejas que no tienen pastor y se puso a enseñarles”* (Mc 6,34).

A continuación, la mano narradora de su historia de Jesús de Nazaret nos cuenta la primera multiplicación de los panes y de los peces. Pero esto ya nos lo hemos asumido por haberlo comulgado en el mensaje del cuarto Evangelio, capítulo sexto de Juan. ¿Las autoridades de la liturgia nos han impedido leer la celebración de la Pascua como nos la contó su autora, María Magdalena, en nuestro llamado Marcos 6,35-56? Comer el pan, cruzar el mar, saberse libres.

Dicho lo anterior y para volver a situarme en el relato de Marcos, mis lumbreras de la liturgia siguen fieles a su método del ‘recorta y pega’. Me invitan a leer críticamente el capítulo séptimo así: primero los versículos 1-8; ¿debo olvidar el mensaje de los versículos 9-13?; leo los versículos 14-15; dejo de leer los versículos 16-20 y acabo este relato con la lección de los versículos 21-23. ¿Sentará tan mal leer, con sentido común, Mc 7,1-23? Puede que sea que sí.

*“Se reúnen junto a Jesús los fariseos, así como algunos escribas venidos desde Jerusalén”*. Así comienza este episodio de la tarea, aventura, proyecto, plan, decisión, misión... ¡evangeliza-dora de Jesús! El hacer y hablar de este laico de Galilea ha despertado las ansias inquisitoriales del sacerdocio del Templo de Jerusalén. Y el asunto que desencadena este suceso parece tan sinsentido que llama la atención de quien lee muy despacio: los seguidores de Jesús no se lavaban las manos antes de las comidas. ¿Qué mandato de la Ley de Moisés se quebrantaba?

Ninguno de aquellos viejos diez mandamientos de la Ley hablaba de tales prácticas de comensalía. Lavarse o no lavarse, comer así o asá, esto o lo otro, con tal o cual persona... Esto era cosa de la tradición de quienes se creyeron con el poder de ordenar y mandar, en vez de servir y curar el hambre, la sed, el dolor, la soledad, la violencia, la ignorancia o la marginación.

Menos mal que la tijera de los ‘magísteres’ de la liturgia vaticana nos ha respetado el mensaje de los versículos 14-15. ¿Se lo tendré que agradecer? Me lo tendré que ‘aprender a vivir’: Lo que me mancha o limpia como persona no es lo que coma o deje de comer, sino aquello que sale de mis adentros, de mis deseos, de mis decisiones. No se trata de cumplir una ley o mantener una tradición. Se trata de decidir ser persona conmigo y contigo y con el otro... y aprender a con-vivir. Cuando leo este mensaje de Marcos recuerdo también Mateo 7,12-27, y también Lucas 17,21 y, sobre todo, Juan 13,35. Ese es Jesús, su Evangelio, su pan, su presencia.

**Domingo 40º de Lucas (02.09.2018): Lucas 17,11-37.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Copio el texto de Lucas 17,11: *“Y sucedió que, de camino a Jerusalén,* [Jesús con sus acompañantes] *pasaba por los confines entre Samaría y Galilea”*. Es el inicio de la tercera etapa de ‘ese camino’ que es Jesús y que es el camino que recorre la geografía de las tres regiones de la tierra de Israel. El final de este camino de Jesús y de sus seguidores, nosotros incluidos, es Jerusalén y su templo, como empezaremos a leer a partir de Lucas 19,28.

Espero que todo labrador, por ser lector, de estos surcos haya constatado ya que en el tejido seleccionado para este comentario figura la expresión que vengo escribiendo en el frontispicio de estos ya cuarenta comentarios del Evangelio de Lucas: ***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí”*** (17,21). Y ahí seguirá hasta el último comentario del relato de Lucas sobre su Jesús de Nazaret que será el quincuagésimo segundo.

Esta afirmación tan contundente de este Jesús es la respuesta a sus continuos interrogadores que eran, según este narrador, los fariseos y los escribas de entonces. Recuerde cada uno, por ejemplo, los tres primeros versículos del decimoquinto capítulo de Lucas, al que llamé a mi modo ‘Lucas quince’. Estos tipos especializados en el conocimiento y anuncio de la Ley de Moisés y de su Dios preguntaban por la llegada del Reino de ese Dios. **Cuándo, dónde y cómo**. Nosotros nos lo seguimos preguntando hoy. ¿Sí o no?

Estos versos de Lucas 17,20-21 me parecen, me parecen, sublimes por la sencillez de su humanidad. El Reino-reinado de Dios cabe dentro de mí, como una semilla que se despierta y me ilumina. Dentro y desde dentro. Y así, hasta mis dedos se vuelven ojos iluminadores. ¿El Reino de Dios y su proyecto no es el cielo que me tienes prometido, según decía aquel poeta? ¿El Reinado de Dios no es ‘la comunidad cristiana’ como así lo llaman los magister de la religión, es decir, la iglesia y en concreto la católica? ¿Qué es ese Reino-reinado de Dios?

Mientras escribo esto le estoy preguntando a aquel samaritano leproso, o leproso samaritano, qué me puede decir sobre esto que él experimentó en su cuerpo y en su persona cuando escuchó esas palabras de aquel su Jesús de Nazaret: *“Tu fe te ha salvado”* (17,12-19). Creo que este leproso del pueblo (por cierto, pueblo ¿de Samaría o de Galilea?) comprendió que por ser samaritano no podía presentarse ante ningún sacerdote de la Ley y se volvió a abrazar a Jesús. Y Jesús le envió a evangelizar: *“Levántate y vete”*. Llevaba ya en sus adentros el Reino, Jesús, su cariño, su abrazo, su mensaje, su persona, su proyecto, el presente y el mañana.

Como ya habrá caído en la cuenta todo lector, este relato de Lucas tienes tres partes, según mi mejorable entender**. El momento** de la curación de los leprosos del pueblo aquel. Nueve eran judíos y uno samaritano. Como en la parábola de ‘Lucas quince’ (Lc 17,12-19). **El momento** de la pregunta por el Reino (Lc 17,20-21), qué es, cuándo llega y dónde está. Y **el tercer momento** (Lc 17,22-37) en el que se describe la presencia de ‘el hijo del hombre’: *“Vedlo aquí o vedlo allá”*. Que nadie te/me engañe. Esta presencia es como la del Reino: Está dentro de ti. Y así, tú y yo y el otro..., toda persona es ‘el hijo del hombre’. Tan fácil de decir como complejo de ver.